

América y la modernidad europea

Reflexiones desde la ética

La modernidad fue para Europa una época de intensísima actividad filosófica, que rompe de un modo radical con los anteriores paradigmas de pensamiento. No cabe duda de que el descubrimiento de América influye de una manera determinante en este proceso de cambio, al introducir en los esquemas de pensamiento de los europeos una problemática sin precedentes hasta el momento, que nos permite considerar al acontecimiento como el hito histórico que marca el final de la Edad Media y el inicio del Renacimiento o, hablando más ajustadamente, como el paso del mundo antiguo a otro nuevo, inaugurando de esta forma el tiempo de la modernidad.

Porque, en efecto, el Nuevo Mundo surgido ante los asombrados ojos europeos no tiene parangón con nada de lo conocido hasta entonces: ni su flora, ni su fauna, ni su geografía, ni sus habitantes, se parecen en nada a aquellos que habían sido dados a conocer por las autoridades y los saberes clásicos; ahora, sólo la experiencia y la razón pueden explicar, comprender y conocer este Nuevo Mundo, sobre el que no hay nada escrito, configurando una nueva actitud científica ante las cosas que se van encontrando, y afirmando la autonomía de la propia capacidad razonadora del hombre, características definitorias de la modernidad.

En última instancia, puede decirse que el descubrimiento de América es el germen y motor de la filosofía moral y política de la modernidad: el ser humano acaba siendo definido en la filosofía de Kant de un modo abstracto y universal, como un sujeto moral, autónomo, libre e igual, y sólo a partir de esta condición puede pensarse en el progreso histórico universal al que apuntaba Hegel. Por consiguiente, en definitiva, casi podríamos apuntar que, en el Viejo Mundo, la filosofía moral y política moderna no inventa nada nuevo, limitándose a recoger la problemática planteada a

partir del descubrimiento, y a desarrollarla sobre la base de sus propios esquemas mentales, trasladándola al ser de Europa.

Sin embargo, la reflexión que estas páginas pretenden apunta más allá, al hecho de que, a continuación, podría pensarse que Europa no supo aprovechar y sacar las últimas consecuencias del inmenso campo de acción y de reflexión que surgía ante ella. Por el contrario, su actitud fue casi como un ponerse a la defensiva ante la aparición del Nuevo Mundo, reclamando para el Viejo, para el de siempre, una primacía histórica (en el pasado, presente y futuro) que sienta las bases del eurocentrismo imperante, todavía hoy, en el mundo.

Porque, efectivamente, durante la modernidad se concibe la historia como una realización progresiva del espíritu, de la humanidad, entendida ésta como una unidad. La historia es entonces concebida como un proceso unitario, de realización del ser humano según un único criterio de lo que debe ser el ideal de hombre: el hombre moderno europeo. Pero, ¿qué ocurre con toda esa gran cantidad de seres humanos hallados en América? Entre los autores que van a ser estudiados a continuación, podrá verse cómo existe entre ellos una actitud mayoritaria ante el llamado indio americano: considerarlo como inmaduro dentro de la escala única del progreso histórico, cuando no es completamente ignorado y excluido de este proceso.

Así pues, en las páginas siguientes intentaremos analizar las expresiones de esta actitud negativa hacia América, que toma, creemos, tres formas diferentes: ignorancia, degradación y exclusión del Nuevo Mundo de los esquemas europeos, pretendidamente racionalistas y universalistas.

A) Ignorancia

La primera etapa del pensamiento ético y político europeo puede caracterizarse, en términos generales, por la ignorancia implícita o explícita del tema americano, cuyos efectos parecen no dejarse sentir en el momento inmediatamente posterior al descubrimiento, el siglo XV.

Ejemplos de esta actitud que ignora el Nuevo Mundo recién hallado son Nicolás Maquiavelo (1469-1527) y Tomás Moro (1478-1535), aunque del primero al segundo puede advertirse ya una tendencia progresiva a considerar la existencia del continente americano. En la época que viven ambos autores (*El Príncipe* data de 1515 y la *Utopía* de 1516), quienes, como puede verse, son casi contemporáneos, Europa vive una transformación profunda de todas sus estructuras: el Viejo Mundo se abre hacia el Atlántico con el descubrimiento de América; las nuevas monarquías nacionales

(en España, Inglaterra y Francia) —que dan origen a los Estados europeos modernos y se caracterizan por una concentración del poder político y militar en una única figura— amenazan la existencia de las formaciones políticas tradicionales; el humanismo impone una vuelta a la cultura clásica, retomando sus mitos y presentándola como un modelo a imitar, etc.

Por ello, no es de extrañar hasta cierto punto que, en este tiempo de profundos cambios, estas dos figuras del pensamiento político presenten en sus esquemas una visión de la historia que plantea una clara ruptura con la Edad Media, a la que definen como un tiempo oscuro, intermedio entre el esplendor del mundo antiguo y su «Renacimiento». Deslumbrados por su propia época, y no menos por lo que ocurre en su mundo, sitúan al hombre en el centro del universo, con un optimismo casi prometeico, como a continuación vamos a ver.

El pensamiento político moderno comienza con Maquiavelo. Por primera vez en la historia, la política se libera de su subordinación a los fines espirituales, y se asienta como una actividad autónoma, destinada a la conservación del Estado. Maquiavelo es consciente de que es un innovador al introducir el concepto de eficacia política: por eso, en *El Príncipe* sustituye el modelo clásico del príncipe perfecto por el del príncipe hábil, y en el prólogo de sus *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio* afirma que su labor es «abrir una ruta nueva». Podría parecer, en cierto modo, que Maquiavelo se siente influido, en esta afirmación, por la gesta de Colón que supuso la apertura del mundo, como ya se vio. Y sin embargo, el autor florentino nunca habla de América, aunque este silencio no puede explicarse a causa de la ignorancia o a la falta de información, ya que parece probado que tuvo contactos con los escritos de Américo Vespucci. Lo que ocurre es que el descubrimiento del Nuevo Mundo no le interesa: de ahí que su actitud innovadora, pese a que está impregnada del espíritu descubridor, no se dirige al Nuevo Mundo sino a la propia Europa, que, por los acontecimientos que aquí están ocurriendo y por su posible incapacidad de asumir inmediatamente la apertura del mundo, se constituye en el centro de su atención. En efecto, dos años después del descubrimiento, en 1494, en Europa, Francia y España libran una lucha de fuerzas, que abre una crisis que hace comprender a las ciudades italianas que su autonomía es pura ilusión: la vida política ya no depende solamente del juego de las instituciones, sino también de la acción de las potencias extranjeras, sobre las cuales no se tiene control. Lo mismo les ocurre a los indios con respecto a la irrupción española, pero no hay por qué preocuparse de ellos, si aquí, en su viejo y conocido mundo, están sucediendo unos hechos similares, si en el Viejo Mundo se inicia una apertura hacia un mundo nuevo: las viejas ciudades autónomas italianas se ven ahora sometidas a un nuevo orden, en

el que las fuerzas estatales son interdependientes. Se trata, en definitiva, de una ruptura con la visión cerrada de la ciudad-Estado para pasar a elaborar la representación pluriestatal, que hace que Maquiavelo se deje seducir por el atisbo de universalización que esto supone, sin sentir la necesidad de ver más allá del mar.

De acuerdo con esto, el florentino reflexiona en sus obras sobre la política y sobre el Estado. Para él, los fines de la política son algo ya dado, consistentes en el logro y el mantenimiento del poder y del orden político, para lo cual se requiere un príncipe eficaz. La moral no es más que algo secundario en relación con estos fines: queda, pues, supeditada a la política. Esto es: las acciones no se ven en sí mismas, en razón de su bondad o maldad, de su corrección o incorrección, sino sólo en virtud de sus consecuencias. Del mismo modo, las acciones políticas no son otra cosa que medios tendentes a alcanzar los fines del poder. Por ello, el príncipe puede perfectamente prescindir de la moral, y sus actos pueden ser sustraídos de toda valoración moral, ya que lo importante son los fines.

Y entre estos fines está, como ya se dijo, el mantenimiento del orden político; esto sólo puede lograrse a través del Estado, que es la única condición de posibilidad para una convivencia pacífica y organizada. El individuo, con una naturaleza corrupta y ambiciosa, necesita del Estado y sus instituciones para poder relacionarse, para poder articular las ambiciones de los distintos individuos, que inevitablemente habrán de enfrentarse.

Da igual la forma que tome ese Estado —monarquía, república, aristocracia, mixto, etc.—. Lo importante es su ordenamiento legal, el único que puede hacer durar a un Estado. Este ordenamiento legal no puede basarse sólo en la prudencia, sino que ésta ha de combinarse con la fuerza, con las armas, como puede comprobarse a través de la historia.

La política, como vemos, constituye un ámbito distinto del de las relaciones interindividuales; su necesidad y su autonomía están fuera de cualquier valoración moral, ya que la naturaleza humana no es buena y a veces es inevitable actuar contra la moral para lograr unos fines colectivos correctos, fundamentalmente un gobierno sano y duradero.

Si Maquiavelo hubiera hablado de América en alguna de sus obras, sin duda se habría sentido admirado por la acción conquistadora —armada— de España en las Indias, sin importarle sus crueldades hacia los naturales, ni su falta de comprensión hacia el mundo indígena; lo importante, el fin, sería para él mantener el poder, y los medios no cuentan. Pero, como ya se dijo, a Maquiavelo le interesaba Europa, no América.

Algo más influido por la aparición de Nuevo Mundo, pero todavía no impregnado de él, está More, el iniciador del pensamiento utópico, quien constituye la oposición más radical al maquiavelismo; así, mientras Maquia-